

*Al ejército de personitas curiosas y  
aventureras que optaron por leer mi  
primer libro cuando existían mil y un  
estímulos digitales y analógicos que  
colocar por delante de Mara Turing.*

*A los profesores que se saltan el guion  
para hacer del aprendizaje una película  
divertida y emocionante. Especialmente  
a aquellos que invitan a los jóvenes a  
mirar las cosas desde una perspectiva  
distinta para construir un mundo mejor.*



## Capítulo 1

# UN AÑO MÁS, UN AÑO MENOS

—¡Corre, Mara! ¡Nos pisan los talones!

Las zapatillas chillaron cuando ella frenó al final del pasillo, justo antes de comerse la pared. Tocaba giro *in extremis* a la derecha para llegar al gimnasio. Pisándole los talones iba Daniel, que dio un plantillazo con su pie izquierdo para no tragarse la esquina. Chocó de reflón con su hombro y vio como su gorra se quedaba atrás por la inercia. No había tiempo para quejas. Ahí estaba la puerta y a pocos —muy pocos— metros acechaban los malos.

Nick Jordan corría detrás de ellos con los puños y los dientes apretados, muy erguido, y dándose con los talones en el trasero. Su amigo Tom Balzary iba unos pasos más atrás con el teléfono móvil en alto, grabándolo todo para la emisión estrella de esa semana. Ese material vendría genial para la nueva temporada otoñal en el canal de La Banda del Lagartija. “Tendré que estabilizar un poco el vídeo o los espectadores podrían vomitar con tanto meneo de la cámara”, pensó Balzary con el poco oxígeno que le llegaba al cerebro.

—¡Aparta, estúpida!

La mala suerte cruzó los caminos de Martha Winklewood y Nick. Chocó con él y cayó de espaldas mientras veía como su carpeta volaba por los aires y su zumo de naranja se esparcía entre su ropa y el suelo. El porrazo, fuerte, permitió a Mara y a Daniel ganar algo de tiempo. Solo un poco, ya que él solo se desestabilizó sin llegar a caer.

—¡No hemos acabado contigo, boba! Te necesitamos en el capítulo de la semana que viene... ¡Sonríe, pava!

Tom aminoró un poco el paso para no resbalar, dio media vuelta y empezó a dar saltitos laterales para enfocar a La Pija de Octavo —había subido de curso— de frente. Grabó su reacción, a caballo

entre la sorpresa, el enfado, la resignación y el te-quiero-matar-ahora-mismo.

La *rarita*, Mara Turing, y su amigo, Daniel Karamanou, eran hoy minoría. Los lagartijos querían aprovechar que Noa Wachowski se había quedado en casa enferma. “Tengo algo de fiebre”, había escrito bien temprano a sus compañeros. Los gamberros no tenían muy claro qué trastada querían hacerle a la pareja, pero desde el incidente de Times Square, con los drones, los atropellos y las pantallas, no había unos protagonistas más populares que ellos tres.

Nick y Tom pasaban por las taquillas y los vieron cogiendo algunos libros para las clases. Más allá de eso, no existían motivos para esa persecución que estaba a punto de llegar al gimnasio del Saint Michael, donde el profesor Andrew Phippen enseñaba a unos alumnos cómo colocar las manos a la hora de lanzar la pelota a la canasta.

Un portazo, acompañado de un bullicio inesperado, rompió la concentración de los chicos que practicaban desde la línea de tiros libres. Tras pasar el umbral de la puerta, Mara frenó en seco, quedando de puntillas justo antes de caer por las escaleras que cruzaban las gradas. Daniel hizo lo propio, aunque erró en el cálculo y tuvo que agarrarse a la cintura de su amiga para no acabar rodando y magullado. Estuvieron a un par de centímetros de precipitarse cuesta abajo. —No te acostumbres al contacto de un hombre irresistible, pequeña... —le dijo el joven a su amiga, al oído, mientras miraba de reojo la puerta del gimnasio.

—¡A lo que te vas a acostumbrar tú es al tortazo que te voy a dar como no me sueltes, payaso! —exclamó Mara antes de mirar, a izquierda y a derecha, buscando por dónde continuar la huida.

Llegaron a la pista justo en el momento en el que la Banda del Lagartija se agolpaba en la puerta, oteando aquel escenario en busca de sus víctimas.

—¡Allí están, Tom! ¡Que no se escapen! Hoy tendremos récord de audiencia.

Mara esperaba que el señor Phippen hiciera algo, pero este optó por girarse y seguir instruyendo a sus alumnos. Daniel se encogió de hombros y agarró de la sudadera a la joven para arrastrarla hacia la salida del pabellón de baloncesto. Rodearon la cancha, perplejos ante la inacción del profesor de gimnasia, aunque sin tiempo para poco más que lanzar un grito de ayuda:

—¡Señor Phippen! ¡Ayúdenos! Nos persiguen unos macarras —suplicó Daniel.

—¡Eh! Yo solo sustituyo al profesor Walker y no quiero líos. Seguid con vuestros juegucitos y dejadme trabajar.

—Yi sili sistitiyiii... ¡Argh! ¡Gracias por nada!

Sin tiempo para más, se fueron por la puerta de emergencia que daba al patio trasero del gimnasio. Cerraron el portón y siguieron volando hasta la valla de alambre que los separaba del callejón de servicio por el que se tiraba la basura. De un salto, ambos se agarraron como pudieron a la empalizada metálica.

—Ahora las lagartijas somos nosotros, aquí enganchados... Igual nos admiten en su pandilla, Mara —dijo Daniel, con una sonrisa nerviosa en la boca.

—¡Tío, te prometo que no sé de dónde sacas ganas de hacer chistes! —la chica no lograba entender el origen del humor de una persona a la que están a punto de atizar o quién sabe si algo peor.

En ese momento se abrió de par en par el portón trasero del gimnasio. El portazo dio paso a las caras desencajadas de Nick y Tom. El sprint solo había conseguido cabrearlos más.

—¡No sigáis! No tenéis escapatoria, *frikazos* —Tom, con la respiración entrecortada tras el carrerón, vio que sus presas se situaban a unos pocos metros de él.

Daniel estaba ya arriba, a punto de pasar la pierna al otro lado, pero Mara iba algo más rezagada. La escalada no era su fuerte. Nick se echó hacia atrás el pelo, sonrió y metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón. Ahí guardaba el rotulador indeleble negro. Miró a Tom, que estaba a su lado apuntándole con el móvil: —Las vacas y las ovejas se marcan para saber a qué rebaño pertenecen... ¿A qué rebaño pertenecéis, frikis? —gritó girando la cabeza hacia ellos durante unos segundos—. Vamos a marcaros para que no se os olvide con facilidad. Dadle a *like* si os gusta este momentazo, *lagartijos*. ¡Vamos, Tom!

Balzary y Jordan salieron a escape hacia la valla. Daniel ya estaba descendiendo por el otro lado; Mara intentaba pasar la pierna, pero los bajos del pernil derecho tenían otros planes. Estaba enganchada y los malos iban a cazarla de un momento a otro.

—¡Vamos, Mara! ¡Suéltate ya! —vociferó Daniel.

—¿Te crees que no quiero? Y no grites, que no ayudas nada... —contestó Mara mientras sacudía su pierna derecha sin éxito.

Entonces Nick dio un salto y alcanzó a la joven que, como pudo, consiguió mantenerse agarrada al alambre.

—¡No dejes de grabar, amigo, que esto va a ser épico! Queridos fans, mirad la escena: el tonto de Daniel, impotente, al otro lado. Mara, desesperada, arriba. ¡Y el rotulador deseando tocar su bonita piel de *nerd*!

—Toma, Nick, graba tú en primer plano. Será más atractivo para nuestra audiencia —opinó Tom mientras alargaba el brazo y le daba el móvil a su amigo sin dejar de grabar.

—¡Buena idea, camarada Balzary! —contestó Nick antes de tender la mano a su compañero para coger el dispositivo y continuar la grabación a escasos centímetros de la víctima.

La cámara captó el movimiento loco y mareante, y el sonido de la alambrada temblando por los tirones que estaba dando Mara,

preocupada también por no romperse el peto que había comprado en Nueva York el verano anterior. “Ok, no es lo más importante ahora, pero esta ropa tiene *historia*”, pensó durante unos segundos, mientras daba tironcitos con el pie intentando soltarse.

Entonces, Nick se agarró al bolsillo delantero que Mara tenía a la altura del pecho y dio un tirón. Arrastró a la chica lo justo para que sonara a tela rasgada. El pantalón se rajó desde el tobillo hasta casi la rodilla.

—¡Me cago en...! —ahora sí, Mara había perdido los nervios.

Bufó con fuerza y se echó la mano al bolsillo derecho. Sacó algo que Nick y Tom desconocían. Parecía un cacharro fabricado en casa con pilas, cinta aislante, cables, un rollo de cobre y un pequeño botón.

—¿Qué vas a hacer? ¿Eh? ¿Me vas a dar con eso en la cabeza, sabionda? —Nick apuntaba con el móvil a la cara de Mara y desviaba el objetivo, a veces, a *eso* que la chica blandía ante sus ojos.

—No, voy a hacer algo mejor...

Daniel no entendía nada, pero entonces fue él quien sacó su teléfono y se puso a grabar en vídeo el forcejeo. En ese momento se cambiaron las tornas: ahora era Mara quien quería alcanzar a Nick con la mano en la que tenía ese artilugio mientras se agarraba, a duras penas, a la parte superior de la alambrada.

Y entonces ocurrió.

Pegó ese cacharro no identificado al teléfono que sostenía Nick, pulsó un botoncito y, de repente, se apagó la pantalla. Fin inesperado a la grabación de la Banda del Lagartija.

—¿Qué has hecho, niñata? ¿Qué le pasa a mi móvil? Tenía batería suficiente... —Nick y Tom miraban con la cara desencajada cómo el aparato se estaba reiniciando. ¡Su vídeo estrella se iba al garete!

Sin que nadie lo hubiera ordenado, aquel *smartphone* carísimo mostraba ahora una bonita fruta y una barra de carga. Mara apro-

vechó el desconcierto para pasar su pierna por lo alto de la valla y saltar al otro lado. Los dos gamberros estaban petrificados mirando el teléfono y viendo cómo ella se les escapaba.

Mara y Daniel pusieron pies en polvorosa. Recorrieron el callejón que había en la parte trasera del Saint Michael a toda velocidad y giraron al llegar a la calle principal. Entraron en Lauper's Cakes, una famosa cafetería de la Avenida Winston Churchill, y se fueron hasta el fondo suscitando un puñado de miradas curiosas de las personas que desayunaban a esa hora en ese céntrico enclave de Liverpool.

La dueña, Amanda Lauper, sujetaba la puerta del almacén con su trasero mientras veía a Mara y a Daniel acercarse corriendo hacia ella por el pasillo de los baños. La aprendiz de hacker la miró, sonrió y le suplicó mediante señas que la dejara entrar un rato en el lugar donde almacenaba la comida y la bebida. No era la primera vez que lo hacía. La señora Lauper le guiñó un ojo y aceptó.

Los dos corrieron adentro, quedándose el joven apoyado en la puerta cuando esta se cerró detrás de él. Se tocó la cabeza, recordando que había perdido su gorra un rato antes, pero daba igual porque estaba contento. Se habían librado de los dos matones del Saint Michael, les habían dado una lección y, de paso, tenían grabado el momento álgido.

—Ok, Mara. Desembucha. ¿Qué demonios le has hecho al móvil de Tom? Los dos tenían unas caras de pasmarotes...

—He utilizado un cacharro que fabriqué el otro día viendo un vídeo en Internet. Se llama *Generador de Pulso Electromagnético* —contestó, cruzando los brazos y dejando entrever que estaba contentísima con su creación—. ¡El profesor Marley y mi tío estarán muy orgullosos cuando se enteren!

—Claro que sí... Y, ¿qué hace eso? ¿Destrozar teléfonos? Porque

esos dos querrán matarte como les hayas roto su preciado móvil con cámara *superhipermegatop*.

—No, solo los deja tontos unos segundos —explicó Mara—. Con una batería potente, una bobina electromagnética y el condensador de una cámara de fotos desechable lo tienes casi hecho.

—Con el bla bla bla... No me he enterado de nada, pero ha estado genial, *Marita*. Ahora será mejor que nos quedemos aquí un rato a esperar a que se les pase el cabreo a estos dos.

En realidad, Daniel había comprendido bastante más de lo que admitía. Tras el verano en el garaje de Alex Marley, su interés por la programación y la electrónica crecieron exponencialmente. Sabía que ese circuito descrito por su amiga era muy sencillo de montar y activar: una pila carga un condensador<sup>1</sup> y este se descarga de sopetón al accionar un botón, dejando que se genere un pulso electromagnético que afecta a aquellos aparatos electrónicos que estén cerca.

Lo realmente genial era que se le hubiera ocurrido llevarlo encima y emplearlo en el momento adecuado.

Durante más de cinco minutos estuvieron allí escondidos, partiéndose de la risa, viendo la reacción de sus enemigos tras descubrir el efecto que había tenido ese cacharro de fabricación casera. Daniel repetía la escena una y otra vez, deslizándolo sobre la pantalla. Cuando se cansó de reproducir el momento, envió el vídeo a Noa para que su resfriado fuera más llevadero. Ella respondió casi al momento con muchos emoticonos llorando de la risa.

Esa pequeña victoria les traería muchos dolores de cabeza, pero estaban decididos a disfrutar de esos ratos. Más aún con todo lo que había pasado en los últimos meses.

En poco más de noventa días, Mara...

...había recibido un enigmático mensaje de su tío Arnold Turing, a quien creía muerto desde hacía varios años.

## UN AÑO MÁS, UN AÑO MENOS

...había convencido a su madre, Sandra Hopper, para alquilar un apartamento en Queens en lugar de en Manhattan.

...había engañado a sus amigos para acudir diariamente al garaje de un desconocido —el señor Marley—, con el objetivo de aprender a programar.

...había decidido convertirse en hacker.

...había sobrevivido a un intento de atropello y a un ataque con drones en Times Square.

...había engañado a su madre en dos ocasiones al punto de (casi) perder su confianza.

...había conocido la existencia de una malvada inteligencia artificial, Hermes, y de su creador, Falko McKinnon. Y ambos la querían muerta.

...había descubierto un enigmático —y esperanzador— mensaje de su tío escondido en un bolsillo de su sudadera durante el viaje de vuelta a Liverpool.

Y, cómo no, se había convertido en la diana favorita de La Banda del Lagartija. Nick y Tom pensaron que la incipiente popularidad de Mara Turing suponía un plus para sus pretensiones como *gente influyente* en el mundo del gamberrismo emitido en directo por Internet.

—Bueno, Daniel, ¿nos vamos? Creo que no deberíamos saltarnos más clases por hoy... —propuso la joven, levantándose de las cajas sobre las que estaba apoyada y sacudiéndose el pantalón.

—Nos van a matar como nos vean allí, ¿qué te parece si les mando el vídeo a estos dos?

—¿Para qué? Pueden enfadarse aún más.

---

1. Un condensador es un componente electrónico que al ser introducido en un circuito almacena energía eléctrica. Esta se libera durante un proceso de descarga. Esa liberación energética es la que provoca que haya corriente en la bobina electromagnética y se genere el Pulso Electro-magnético.

—No, para chantajearlos. Si ellos nos tocan un pelo, yo publico el vídeo donde se les ve desesperados y con cara de *losers*.

*“Queridos Tom y Nick,*

*Vamos de vuelta al instituto. Mirad qué guapos salís en este vídeo. La melena al viento de Nick, los brackets de Tom y la cara de WTF que habéis puesto los dos cuando Mara os ha aplicado su generador de pulso electromagnético (no pongáis esa cara... no sabéis qué es). He subido este material a distintos servidores de forma privada. Si nos pegáis, insultáis o agredís, lo publicaremos, ¿capisci? Besitos de Mara, Daniel y... atchis... Noa”*

Daniel envió el mensaje a los dos chavales adjuntando el vídeo. Al minuto recibió una respuesta de Nick:

*“ola*

*si publiks sto stas muerto  
d acuerdo no os aremos nada  
venir qando kerais”.*

El texto se cerraba con unos cuantos iconos que denotaban que los malos estaban bastante cabreados, aunque sabían que era mejor contenerse.

Mara vio el móvil de su amigo y sonrió al leer la respuesta. Parecía que podían volver al Saint Michael sin miedo a ser agredidos. Aunque, por si acaso, ella iba a recargar la batería de su generador de pulso electromagnético lo antes posible.

Los dos chicos volvieron justo a tiempo para la segunda hora de clase. Tocaba Historia de la Música con Hermenegilda Wright. “No puedo tener más ganas de ir a esa *magnífica clase*”, comentó Daniel con ironía mientras rodeaban la manzana del instituto para entrar por la puerta principal. “Estará mucho más vigilada que el

portón trasero de emergencia por el que salimos”, indicó Daniel a su amiga mientras daba pasos lentos e inseguros, mirando con desconfianza a las ventanas, a los árboles y, en general, a cualquier lugar donde pudieran esconderse Tom y Nick.

Pasaron por el umbral de la entrada sin sobresaltos. Los dos amigos avanzaron agarrados del brazo, como Dorothy y el Espantapájaros por el Camino de Baldosas Amarillas en El Mago de Oz. El pasillo estaba vacío. Solo el murmullo de las aulas alteraba el silencio. En las paredes, varios carteles anunciaban la próxima excursión que se celebraría con motivo de la semana cultural: un fin de semana a las afueras de Liverpool realizando actividades deportivas, viendo películas y compitiendo en distintos concursos.

—¿Nos apuntamos, Mara? —dijo Daniel, señalando con el dedo al cartel que había justo encima de las taquillas.

—No sé yo si a mi madre le va a gustar la idea. Puede pensar que van a venir de nuevo unos drones, o el mismísimo Hermes, para acabar conmigo.

—Se lo diremos a Noa, por si le apetece. Si nuestros padres hablan con tu madre puede que todo sea más fácil.

Y charlando sobre lo bien que lo podían pasar juntos ese fin de semana se esfumó el tiempo. El arrastre de las sillas y el bullicio indicaron que la clase de Matemáticas acababa de finalizar. Los dos aprovecharon el momento para entrar, soltar sus mochilas y prepararse para la segunda hora con la señora Wright, que entró con paso firme sosteniendo su antiguo radiocasete y dejándolo apoyado en la mesa.

—Queridos alumnos, espero que hayáis repasado los apuntes de la clase anterior, aunque, a decir verdad, no os servirán de nada en nuestro... ¡examen sorpresa! —anunció justo antes de pulsar el botón de reproducción y que empezara a sonar La Cabalgata de las Valkirias de Richard Wagner, mientras ella daba palmaditas cortas y secas a la altura de su pecho.

## UN AÑO MÁS, UN AÑO MENOS

Algunos chicos se llevaron las manos a la cara. Otros hicieron aspavientos. Los más, se resignaron y empezaron a sacar folios en blanco y a escribir sus nombres en la parte superior. Hermenegilda disfrutaba especialmente con esa composición...

—¡Imaginad un barco pirata! ¡Un ataque épico! ¡Marineros a babor y a estribor! Un malandrín subiendo por el palo mayor con un cuchillo en sus dientes. ¡El salitre en la piel de todos! Un loro en el hombro de Patapalo. ¡Nos preparamos para el ataque inminente con abordaje!

Bob Morris, que seguía siendo delegado en séptimo, miró a su alrededor y se puso el dedo en la sien para indicar a sus compañeros que la señora Wright había perdido la cabeza. Liza Costello lo miraba de vuelta asintiendo.

—Tenéis treinta minutos para redactar en un folio las sensaciones que os evoca esta magnífica pieza. Quiero un texto limpio y claro, que me permita ver lo que crean vuestras oxidadas cabecitas cuando esta sintonía llega a vuestros castigados oídos —indicó mirando a toda la clase, de izquierda a derecha, por encima de sus diminutas gafas, mientras terminaba de rebobinar<sup>2</sup> la cinta donde llevaba aquella pieza de Wagner.

Tras varios resoplidos, murmullos y el papeleo procedente de los pupitres de los más rezagados, todos comenzaron a escribir. Cada uno imaginó algo distinto, si bien la mayoría acabó elaborando historias épicas que la profesora empezó a leer inmediatamente según las iba recibiendo.

—Ajá... Este primer texto de James Rooney dice... ¿qué es esto?!

---

2. Las cintas de casete compactas eran un método de almacenamiento y reproducción de música muy empleado desde los años 70 hasta principios de la década de los 2000. Se trataba de un sistema basado en una banda enrollada que contenía señales que, al ser leídas por un cabezal magnético, se transformaban en música. Junto a los discos de vinilo, fue el soporte más utilizado para la reproducción musical doméstica.

—preguntó mientras acercaba la vista a la hoja, como si eso pudiera clarificarle el contenido—. “Escuchar esta pieza del señor Wagner me recuerda a una estampida dentro del juego *Kill ‘em All 7* cuando tienes todas las armas *bufeadas* y acabas en medio de una avenida con todos muertos”.

Hermenegilda dejó ese folio sobre la mesa y cogió el siguiente:

*“La Cabalgata de las Valkirias es una maravilla. Me encanta cómo va ascendiendo la música y se añaden instrumentos. Es como cuando subes una foto con ropa nueva a Internet y mil personas le dan a like, comentan y empiezan a seguirte”.* (William Spreitz)

...y el siguiente...

*“Esta composición me transporta a los ratos de intimidad en mi habitación, cuando estoy descargando las imágenes de mi cámara y empiezo a editarlas antes de subirlas a mi blog. Es el momento en el que transformo mi último viaje en una historia para que todo el mundo tenga mi visión del destino en el que he estado”.* (Alison Wander)

Tres exámenes con tres contenidos que la señora Wright apenas podía comprender. Lo que más la conmovió fue no entender algo de Alison Wander, una chica sensible, con habilidades innatas para la escritura y la composición musical. Cesó la lectura en voz alta, mantuvo una sonrisa algo falsa para disimular, y se sentó tras el escritorio. Eso era algo extraño para una profesora que no dejaba de moverse y hablar, con su voz chillona, durante toda la clase.

Sin darse cuenta, la obstinación por lo tradicional y lo analógico la estaba separando de sus alumnos. No era tan mayor como para pensar que podría mantener durante mucho más tiempo su aislamiento.

Aquel examen había sido sorpresa, sí... pero para ella.

Cuando todos acabaron, recopiló las respuestas y las guardó en su maletín de cuero negro. Un maletín que ahora era vivo reflejo de su desconexión del mundo que la rodeaba. Al finalizar la clase se refugió en su despacho con un subrayador. Decidió trabajar hasta que hubiera marcado todas aquellas palabras y expresiones que no comprendía.

Por su parte, Mara y Daniel estuvieron bastante tranquilos en clase. La alerta no cesó, claro está. Era peligroso dejar de mirar de reojo a Tom y a Nick, sobre todo cuando sentías su enfado con solo acercarte a dos o tres metros de sus mesas.

Si hubieran podido leer la mente de los líderes de la Banda del Lagartija habrían salido frases del tipo: “¿Qué mierda tenía Mara en las manos para romper nuestro teléfono?”, “¿por qué se ha reiniciado el móvil sin tocar ningún botón?” o “¿dónde habrá aprendido esa niñata a fabricar ese generador de no sé qué basura”.

Así transcurrió el resto del día, entre clases de Historia, Literatura y Biología. Al llegar la aguja a las dos, se produjo la habitual cascada de alumnos que corrían hacia la salida como si sus vidas dependieran de ello. Quedaron los más rezagados y aquellos que no tenían prisa por abandonar el Saint Michael. Mara y Daniel eran de estos últimos, sobre todo desde que se habían habituado a compartir los conocimientos adquiridos la tarde anterior viendo tutoriales de programación en Internet.

—¡Esperad, chicos!

La señora Wright salió de sopetón de su despacho. Tenía prisa y llevaba en la mano derecha un montón de folios repleto de marcas de subrayador. Una línea por cada concepto desconocido. Agitaba las hojas con un leve tembleque sin decir nada, aunque su rostro y los hechos acontecidos unas horas antes dejaban entrever el origen de sus males: el Mundo Analógico de la Señorita Wright se estaba

desmoronando a gran velocidad y aquel examen sorpresa le acababa de demostrar que darle la espalda a la tecnología durante tanto tiempo no había sido buena idea.

—Dígame, señora Wright, ¿en qué podemos ayudarle? —preguntó Daniel como si se tratase del joven más educado del mundo.

—Necesito vuestros conocimientos. Estoy metida en un buen lío. Estoy muy anticuada. Mucho. Estoy ahora mismo en la Edad Media... ¡No! En el Paleolítico. No sé nada del mundo en el que vivís vosotros. No me entero de lo que habláis. Estoy fuera de todo y me quedan, al menos, veinte años como profesora. No quiero volver a sentirme como lo he hecho esta mañana. ¡Nunca más!

A continuación, miró hacia el techo disimulando las lágrimas que brotaban de sus ojos. De nada servirían sus vastos conocimientos en Música, Historia o Literatura si era incapaz de comunicarse en condiciones con sus receptores.

—Tranquilícese. Claro que podemos ayudarla a estar al día —dijo Mara, acariciando con cierto reparo el brazo de Hermenegilda Wright. ¿Qué hacía un alumno consolando a un profesor? “Esto es el mundo al revés”, pensó.

—¿Qué tengo que aprender? —preguntó la maestra, con una mezcla de interés e incertidumbre.

—Déjeme su correo electrónico, *Carco*... ¡HERMENEGILDA!

—Daniel fue consciente de su metedura de pata en cuanto empezó a salir por su boca el apodo por el que ella era conocida entre los alumnos.

—No se preocupe, señor Karamanou, he oído que me llaman así. Me lo merezco...

Los chicos no dudaban: estaba devastada, con la autoestima por los suelos, y ellos iban a ayudarla con todo lo que estuviera en sus manos.

—¡No, nadie se merece eso! De la misma forma que yo no merezco que me digan “sabionda”, “frikaza”, “boba” y cosas así —opinó

Mara—. Usted va a aprender mucho porque le vamos a enseñar todo lo que necesita.

—¡A Dios pongo por testigo que no volveré a pasar por ignorante!  
—exclamó la profesora en señal de alegría, pegándose los folios al pecho.

—Si me permite, señora Wright —Daniel necesitaba aplicar el primer correctivo—, sería interesante que usted comenzara a emplear frases del siglo veintiuno. Eso de “a Dios pongo por bla bla bla” no le va a ayudar demasiado a parecer normal.

Hermenegilda Wright asintió con velocidad, meneando la cabeza en señal de obediencia absoluta. Ellos eran ahora sus profesores; ella, *tabula rasa*<sup>3</sup>.

Habían transcurrido poco más de veinte días desde la vuelta de las vacaciones en Nueva York y el otoño ya acariciaba las calles de Liverpool a esas alturas de septiembre. El curso podría hacerse muy largo con la Banda del Lagartija enfadada. Hoy no tendrían vídeo de estreno en su canal. Mara y su artefacto casero eran los culpables.

El Generador de Pulso Electromagnético era parte del arsenal que estaba construyendo en secreto. Como buena hacker en ciernes, no buscaba hacer daño, sino desactivar a aquellos que quisieran hacérselo a ella. Hermes, Falko, Tom, Nick... la lista de posibles enemigos iba creciendo sin que ella pudiera hacer mucho por evitarlo.

Antes de salir del colegio optaron por acudir a la cafetería del Saint Michael con Hermenegilda Wright. Cogieron algo para comer y la acompañaron al Aula de Informática. “Profesora, este va a ser su sitio durante algunas semanas”, le indicó Daniel con orgullo tras abrirle la puerta de una sala en la que ella no había estado nunca.

“Oh, bienvenida, Hermenegilda Wright. Tengo espacio en mi memoria para espiar a alguien más”, anotó Hermes en su archivo

de control. La inteligencia artificial de Falko McKinnon extendió sus garras a todos y cada uno de los ordenadores del instituto donde estudiaban Mara, Noa y Daniel. Ellos tomaban ciertas precauciones, aunque aún eran insuficientes para combatir por completo la potencia y los conocimientos de aquel engendro.

Por ejemplo, Noa Wachowski convenció al director del centro para que tapara todas las *webcams* de los ordenadores con cinta y desactivara sus micrófonos. No eran útiles para las clases y podían ser utilizados para grabar a los alumnos sin su consentimiento. Sin embargo, las cámaras de seguridad mantenían intactos sus visores. Eran los ojos de Hermes en el interior del centro educativo. Los ángulos muertos los cubría con los teléfonos móviles de los jóvenes más descuidados.

Los estudiantes eran poco cautelosos a la hora de descargar aplicaciones y juegos. Hermes *sabía* eso, por lo que se encargaba de posicionar en buscadores versiones crackeadas de los mayores éxitos. Carreras de coches, batallas medievales, duelos de inteligencia —y, en general, casi cualquier tipología de juego— tenían versiones gratuitas *patrocinadas* —trucadas— por la inteligencia artificial.

La mecánica era sencilla: un alumno con su teléfono sin crackear buscaba un juego de pago. En las primeras posiciones de los resultados aparecía una versión gratis del mismo. ¿Quién podía dejar a un lado esa tentación? La economía de un adolescente está siempre apretada. El estudiante solo tenía que elegir la opción que Hermes había colocado ante sus ojos para ver su móvil atacado e infectado. La cámara, el micrófono y las aplica-

---

3. *Tabula rasa* significa tablilla sin inscribir. Se utiliza a veces como “borrón y cuenta nueva”, es decir, para expresar que no se van a tener en cuenta hechos pasados. En este caso hace referencia al pasado de la profesora Hermenegilda Wright.

ciones de ese dispositivo ya formaban parte del brazo cibernético de Falko McKinnon.

Por lo tanto, por muchas precauciones que tomaran Noa, Daniel o Mara, las paredes del edificio encerraban a un enorme Gran Hermano donde sus vidas eran vigiladas constantemente.

Hermenegilda se enfrentó al ordenador como un niño pequeño a su primera clase de esquí. No iba a discutir ninguna instrucción ni a pensar en las consecuencias que tendría una u otra acción. Puso sus manos delante del teclado en la misma posición que las colocaba ante su vieja máquina de escribir. Cuando dio el primer golpe, por indicación de Daniel, recibió el primer correctivo:

—¡Más suave, señora Wright! Otro teclazo así y sacaré la letra por debajo de la mesa.

Jugaban en su contra varias décadas aporreando con fuerza una vieja Olympia SM3.

—De acuerdo, de acuerdo... —contestó, mientras bajaba sus dedos para acariciar el alfabeto de plástico que tenía bajo sus yemas.

A continuación, le explicaron qué era el ratón y cuál era su utilidad para manejar cualquier ordenador.

—El movimiento que hagas con esto se traslada a la pantalla, ¿comprendes? Y cuando sitúas el puntero sobre el objetivo que deseas, haces clic con tu dedo izquierdo. Eso le dirá al ordenador que ejecute una acción, abra una carpeta... —Daniel se esforzó para explicar cada paso con detalle.

Pasó una hora desde que entraron al aula. La primera sesión cundió mucho. No era difícil. Le explicaron a la profesora qué era una pantalla de inicio, un nombre de usuario, una contraseña, una carpeta o un archivo, entre decenas de nuevos conceptos. Ella tomó nota de todo en su libreta.

“Hermenegilda Wright tocando un ordenador. Excelente. Ya solo le falta utilizar un teléfono móvil [deseo]”, comentó Hermes,

## UN AÑO MÁS, UN AÑO MENOS

que solo podía ver, y no oír, lo que estaba ocurriendo allí dentro a través de una cámara de seguridad sin demasiada resolución. Los móviles de Daniel y Mara estaban bien protegidos, al menos por el momento, por lo que la inteligencia artificial no tenía acceso a sus micrófonos.

Aquella película muda se producía mientras alguien, a miles de kilómetros de allí, llegaba a su límite de resistencia mental.





